
Las paradojas de internet

Víctor Flores Olea y Rosa Elena Gaspar de Alba, *Internet y la revolución cibernética*, México, Océano (Col. El Ojo Infalible), 1997, 140 pp.

Cecilia Rodríguez Dorantes

Al igual que en otros momentos de la historia de la humanidad cuando el desarrollo tecnológico ha cambiado los referentes de la vida de los hombres, hoy día, gracias a la importancia cada vez mayor de los medios de comunicación, especialmente los relacionados con el llamado *ciberespacio*, vemos cómo se desatan importantes discusiones acerca de las ventajas y desventajas que tales medios proporcionarán a la sociedad.

Internet y la revolución cibernética es un libro estructurado en torno a las posturas optimistas y críticas en relación con internet, el principal núcleo del ciberespacio en cuanto a la vanguardia de los medios de comunicación e información mediante las computadoras. De acuerdo con los autores, internet cubre hoy una red mundial de computadoras entrelazadas que sobrepasa ya los cincuenta

millones de aparatos en más de 150 países, y se calcula que para el año 2000 existirán en el mundo alrededor de 300 millones de usuarios de internet.

En apenas poco más de tres años, internet se ha convertido en un fenómeno social que crece en términos exponenciales y se extiende a todos los continentes. Flores Olea y Gaspar de Alba señalan que dicho desarrollo responde fundamentalmente a sus tres principales características: "en primer término, el hecho de que para establecer comunicación con un punto muy lejano de la Tierra basta una llamada telefónica local; en segundo lugar, el hecho de que su 'entidad' es del dominio público, es decir, no pertenece a ninguna firma comercial privada ni existe un cerebro 'centralizado' y único que intervenga y determine el desarrollo y utilización de la red; en tercer término, el hecho de que permita una comunicación flexible y universal entre computadoras de estructura y concepción diferente. Su *lenguaje* es realmente *universal*".

Con tales características no es de asombrar que se susciten las más diversas reacciones y preguntas acerca de su impacto social, ya que, indudablemente, más que referirse al aspecto técnico de almacenamiento y transmisión de datos e información, el ciberespacio hace referencia a nuevas estructuras sociales, a nuevos patrones de comunicación y también a nuevas relaciones sociales.

De acuerdo con los autores, en los últimos años del siglo xx somos testigos de una clara tendencia a la dispersión del poder y la autoridad y de una creciente necesidad de comunicación en un doble sentido, no sólo desde arriba hacia abajo y del centro a la periferia, sino de ida y vuelta, de abajo hacia arriba y de la periferia al centro. Actualmente las comunidades se están reconstruyendo sobre bases nuevas, los liderazgos ya no pueden ser cerrados y autosuficientes; por primera vez, las sociedades cobran conciencia de que su horizonte de conocimientos, opiniones y comportamientos no puede limitarse más al ámbito de su ciudad, región o país. Y sabemos que todos estos cambios han estado determinados por el desarrollo tecnológico de los medios de comunicación e información, por su cada vez mayor facilidad de uso y por la reducción creciente de sus costos. En este sentido, la red, al menos potencialmente; impulsa horizontalmente las relaciones entre personas e instituciones.

Sin embargo, hay quienes señalan que el peligro más grave a que se enfrenta internet es que sea controlado por los gigantes económicos, quienes desvirtuarían los fines de este medio de comunicación e información. Hay quienes consideran que tal destino es inescapable y que, a la larga, la red sólo servirá para consolidar

la fuerza de las grandes empresas económicas y mercantiles, y que será un medio de control y estandarización espiritual más poderoso que otros anteriores. Tengamos presente que tan sólo en 1994 las transacciones comerciales en internet alcanzaron la cifra de 200 millones de dólares, mientras que en 1995 fueron ya de 1 000 millones. Para el año 2000 se calcula que el 25% de todas las transacciones se efectuarán por la vía electrónica.

Por otra parte, internet ha significado también una nueva concepción del tiempo y del espacio. En relación con esto, los autores retoman a Francis Pisani, quien afirma que no es posible entender el impacto de las nuevas tecnologías de comunicación e información sin un mínimo de conocimiento de la teoría del caos y del posmodernismo. Así, la primera se propone leer el desorden como una información compleja, más que como una ausencia de orden; mientras que el segundo rechaza las interpretaciones y explicaciones globales, viendo la regularidad del mundo en la fragmentación y reconociendo el papel constructivo del desorden, el carácter no lineal de los fenómenos y el papel que desempeña el ruido en los sistemas complejos.

En este sentido se puede afirmar que la red tiene en general comportamientos que se asemejan a la visión posmoderna del mundo: cualquier usuario puede comunicarse con otro en

cualquier parte del mundo, las líneas son múltiples y variadas, la red se hace y rehace permanentemente, no existe un centro rector, el sistema nunca está fijo sino en perpetua movilidad y no se reconoce ninguna autoridad superior. Con base en estas características, los *optimistas* de la red consideran que ésta propiciará una *democracia electrónica* más participativa, la cual haría posible que prácticamente la totalidad de los ciudadanos estuvieran conectados a la red y que contarán con una información mucho más amplia y matizada para elaborar sus decisiones, además de que los legisladores tendrían una continua retroalimentación de sus representados, es decir, habría un vínculo directo y potencial entre gobernantes y gobernados.

Por su parte, los *críticos* de la "teledemocracia" sostienen que no es tan eficaz el diálogo entre los sujetos situados en las terminales de la red y que la democracia podría convertirse en un conjunto de opiniones tajantes pero emitidas sin el análisis suficiente y pertinente. Al respecto, los autores citan a Giovanni Sartori, quien afirma que "no se puede aceptar un universo compuesto exclusivamente de ciudadanos adiestrados en un aspecto de la tecnología. Una democracia virtual es una democracia que no existe. La democracia directa, por el contrario, ha sido siempre concebida como una democracia de diálogo: las decisiones se

toman hablando, escuchando las ideas de otros y explicando las propias. Si ese procedimiento complejo se redujera a oprimir un botón de mando, no tendríamos democracia sino simplemente la expresión de una voluntad [...]. La interactividad inmediata pierde su contenido y se transforma en un peligroso multiplicador de la estupidez".

Asimismo se ha dicho que la red ha dado lugar a originales, universales e instantáneas formas de comunicación entre individuos y grupos, a un costo relativamente bajo. Si esto es así, nos encontramos frente a un fenómeno que demanda un análisis profundo ya que está modificando las formas de vida de millones de personas y las necesidades y hábitos de trabajo de muchas de ellas. Desde este punto de vista, los autores destacan algunas de las características peculiares que se desarrollan como estilo propio de este tipo de comunicaciones:

- a) los usuarios son personas con un entrenamiento especializado, con un nivel económico respetable y que desarrollan fundamentalmente actividades de servicios;
- b) predomina en los intercambios un lenguaje excesivamente telegráfico y simplificado que significa, en la práctica, una grave reducción del lenguaje —en realidad una pérdida del mismo— y el abandono de los matices en la comunicación;
- c) el hábito de las lecturas simplificadas no parece estimular el gusto por la lectura

de libros, el cual tiende a diluirse en favor del gusto audiovisual o de la mecánica de las referencias instantáneas y compendiadas, y *d)* en el trato con la red se crea una subcultura que elimina la reflexión y el ejercicio del pensamiento, pues favorece signos y expresiones sucintas que no enriquecen el lenguaje ni el contacto humano propiamente dicho. De esta manera, según los argumentos críticos, difícilmente podrían calificarse como un verdadero adelanto en las relaciones humanas los multiplicados contactos a través de internet, la mayoría de las veces impersonales y simplemente instrumentales, sin referencia propiamente a la persona.

Respecto a México, los autores señalan que la historia de internet se inicia en 1989 cuando el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM) estableció conexión con la Universidad de Texas en San Antonio. Esta primera fase de la red mexicana tenía un claro sentido académico, cultural y de investigación. En la actualidad hay cerca de cincuenta servidores y proveedores de acceso a internet ubicados en los principales centros urbanos del país y se vislumbra un crecimiento extraordinario de la red con base en dos características: su explosión cuantitativa y su crecimiento acelerado en el campo empresarial, así como el hecho de que mantiene efectiva

una matriz científica y cultural evidentemente fuerte.

A manera de síntesis, se puede decir que a lo largo de este texto integrado por cuatro apartados y un glosario de léxico cibernético, Flores Olea y Gaspar de Alba plantean que con la aparición de innovaciones tecnológicas en la historia de la humanidad han hecho también acto de presencia los fanáticos de uno y otro lado; es decir, los optimistas, que ven en cada descubrimiento "ahora sí" la solución de los problemas ancestrales del hombre y la sociedad, frente a los pesimistas, quienes registran en cada avance tecnológico nuevas fuentes de subordinación del hombre ante la máquina, y en los aparatos tecnológicos motivos adicionales en la pérdida de libertad del ser humano.

Se percibe que la postura adoptada por los autores es más modesta en sus apreciaciones, pues procuran reconocer el núcleo de verdad que pueda encontrarse en cada uno de los argumentos. Así, prefieren situarse en la perspectiva de la tecnología como prolongación de las facultades sensoriales e intelectuales del ser humano, como complementaria para realizar sus fines, como herramienta auxiliar y eventualmente ejecutiva de los designios del hombre. La tecnología no como opuesta a la inteligencia humana, sino como colaboradora de la misma.